

CHINA

Y LATINOAMÉRICA

influencia autoritaria y resiliencia
democrática



GAPAC
GOBIERNO Y ANÁLISIS POLÍTICO AC





CRÉDITOS

ISSN 2524-9347

Corrección: Wendy Barnet Rivas.

Portada: Maru Galaviz / Chroma Estudio Creativo

GAPAC
GOBIERNO Y ANÁLISIS POLÍTICO AC

Gobierno y Análisis Político AC

Facebook, Instagram y YouTube:

Gobierno y análisis político ac

Twitter: Gobierno y ap

e-mail: info@gobiernoyanalisispolitico.org

página

ÍNDICE

07

Un mapa para la defensa de la libertad y el pluralismo



Fernando Pedrosa

17

¿Democracia «a la China»? Un mito a debatir



Armando Chaguaceda
& María Isabel Puerta

33

China: estrategias de influencia en América Latina

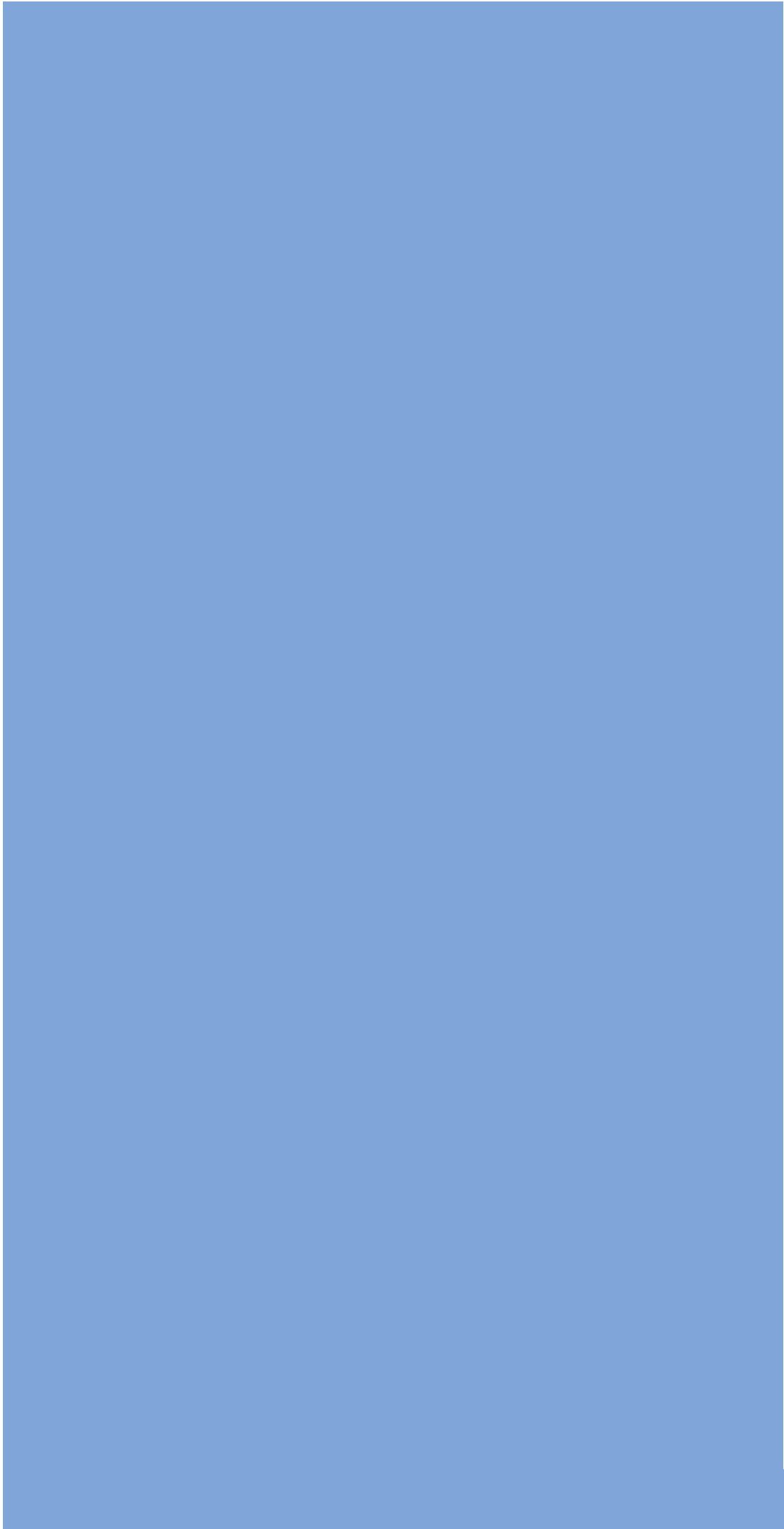


Max Povse





**DOI: 10.33177/
GAPAC_ChinaLatam_3**



China: estrategias de influencia en América Latina



Max Povse¹

China y el «imperialismo bueno»

Durante la década de los años dos mil diez, la República Popular China (en adelante, solo China) dio un vuelco en su política exterior a partir de la asunción al poder de Xi Jinping, un cuadro del Partido Comunista Chino (PCC) elegido como secretario general como parte de un acuerdo entre las facciones enfrentadas en la cúpula partidaria en 2012. Rápidamente, el nuevo líder demostró sus verdaderas intenciones y comenzó un proceso de revisión profunda que acabó por disciplinar el funcionariado chino para adoptar sus políticas, y causó un corrimiento de los cuadros más identificados tanto con el liberalismo como con el marxismo puro.

Las purgas internas diluyeron el poder de los líderes tradicionales, Jiang Zemin y Hu Jintao, e implantaron el «pensamiento de Xi Jinping» como ideología oficial del Partido y, por extensión, del Estado y la nación china. El fundamento de este «pensamiento» es el nacionalismo en su concepción más clásica, es decir, la política actual de China ya no está guiada principalmente por el compromiso ideológico con el comunismo, por los valores tradicionales confucianos, ni por la apertura económica, sino por el objetivo de restablecer al país como una potencia de alcance global, reverberando tiempos inmemoriales de la China que gobierna sobre «todo bajo el cielo».

Estas ambiciones de tinte imperialista le han dado una impronta asertiva a la política exterior del país, al reemplazar las posturas moderadas y dialoguistas de los líderes que sucedieron a Mao Zedong por un discurso rígido, combativo y agitador que busca, por un

¹ Politólogo. Profesor e Investigador, integrante del Grupo de Estudios sobre Asia y América Latina de la Universidad de Buenos Aires

lado, entusiasmar a los chinos con volver a ser la potencia que gobierna el mundo de manera inconsulta y, por el otro, infundir temor en el resto de los países, que miran cada vez con más precauciones el accionar del gigante asiático. En el contexto de esta gran estrategia, el Gobierno chino ha diseñado una serie de mecanismos para proyectar su poder fuera de sus fronteras, que van desde acciones benévolas tendientes a la cooptación hasta amenazas militares lisas y llanas.

A fin de poder llevar adelante estos mecanismos, no obstante, Xi es consciente de que necesita consolidar su poder hacia dentro y fuera del país, para que sus decisiones no sean pasibles de ser puestas en duda, y así conseguir el objetivo ulterior de modificar el orden mundial para que calce a su justa medida. Esta consolidación viene de la mano de dos fenómenos que se pueden constatar empíricamente en los últimos años. En primer lugar, en lo que hace a los asuntos internos, Xi ha profundizado la tendencia totalitaria del régimen hasta convertir al Estado-partido en una suerte de «Gran Hermano» que vigila y controla constantemente no solo las acciones, sino también las mismas opiniones de los ciudadanos. Esto ha sido posible gracias al desarrollo de tecnología de última generación que incluye sistemas de reconocimiento facial y de objetos utilizando inteligencia artificial y que, a su vez, están conjugados con la más vasta red de cámaras de vigilancia del mundo.

En segundo lugar, hacia el exterior, China juega a una suerte de «policía bueno/policía malo», es decir, en su papel autopercebido de potencia hegemónica, ofrece sus servicios económicos para ayudar a los países del Sur Global a desarrollarse, así como sus aportes políticos a fin de blindar a los regímenes cuestionados por sus comportamientos éticos en la escena internacional. Sin embargo, también recurre a la intimidación a través de medios diplomáticos — pero también militares — cuando los países se resisten a su «ayuda». Esto es más que claro en la región del Indo-Pacífico, el «patio trasero» de China, en el que, como tal, se comporta como si fuese su territorio, intimidando militarmente no solo a países sobre los que tiene pretensiones irredentistas, como Taiwán, sino también a vecinos a los

que desea privar de gran parte de sus territorios, como los países litorales del Mar de China Meridional, India, Japón, entre otros.

Aun cuando estas acciones se encuentran fuera de todo marco legal y violan flagrantemente las normativas internacionales, la China de Xi Jinping es un Estado-partido cuyo fundamento ético es que «el fin justifica los medios». En este sentido, para que China vuelva a su estatus de potencia imperial con dominio indiscutido sobre el mundo conocido, no existen limitaciones en los mecanismos a utilizar y, por lo tanto, todas las herramientas no solo del Estado, sino también de la sociedad, deben ser puestas a disposición de los objetivos nacionalistas. Todo ello parece curiosamente justificado en los ojos del PCC que, así como justificó en el pasado las masacres del Gran Salto Adelante, de la Revolución Cultural y de la Plaza de Tiananmén, hoy justifica el genocidio contra el pueblo uigur en un intento por seguir «el manual del dictador del siglo XX», que estipula que cuanto más homogénea es una sociedad, tanto más fácil es controlarla.

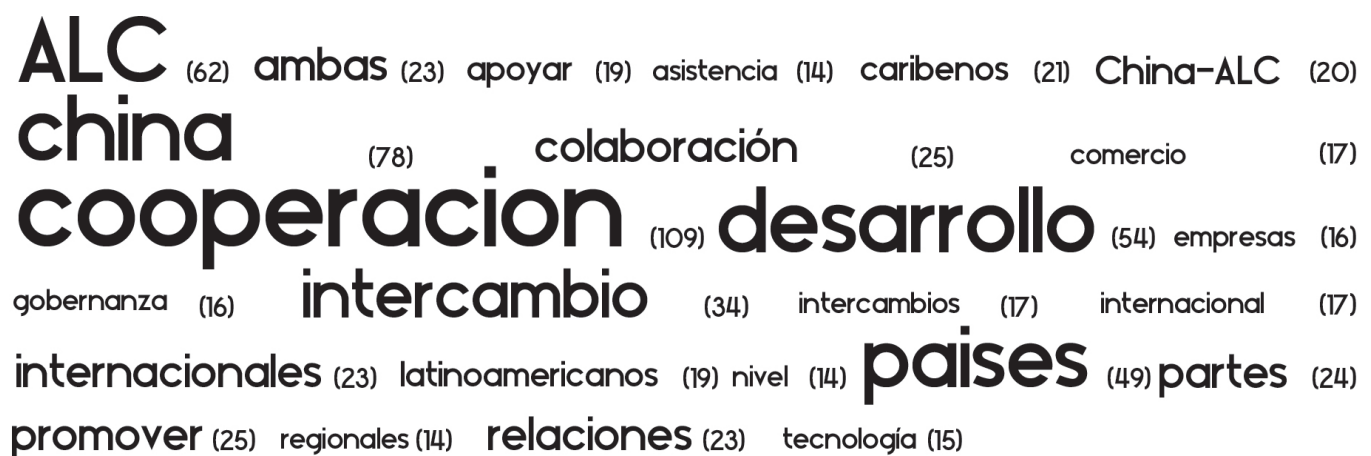
La Iniciativa de la Franja y la Ruta o la nueva tierra prometida

En este contexto de política asertiva expansionista, las acciones de China no se limitan a su vecindad inmediata, sino que su *modus operandi* se replica alrededor del mundo, inclusive en sus antípodas, América Latina. Tradicionalmente considerada como «el patio trasero» de Estados Unidos, los países latinoamericanos poseen una significación especial para China, así como también la tenían para con la Unión Soviética y su sucesora, Rusia. Es que poseer aliados en la región implica una doble ganancia: por un lado, se hace pie en una región ajena, y por otro se gana un activo con el cual se puede influenciar al resto circundante y chantajear a Estados Unidos.

Para ello, China ha planificado ya dos veces su estrategia general para con América Latina: la primera vez a través de un libro blanco en 2008, y luego a través de su reedición en 2016. Si bien en ambos casos el lenguaje utilizado es similar—medido, optimista y propositivo—, la versión que supervisó Xi hace mucho más hincapié en

el concepto de «cooperación», pero menciona a China más que a la región receptora del mensaje, como se demuestra en la figura 1. Si bien *a priori* el análisis lexicográfico no arroja conclusiones que excedan el típico discurso chino sobre el «beneficio mutuo», es a través de su contraste con la política exterior que efectivamente se llevó a cabo para con los países latinoamericanos donde se puede arrojar luz sobre la intención del libro blanco. Para ello, no se puede obviar el papel que tiene el megaproyecto que ha signado la administración de Xi.

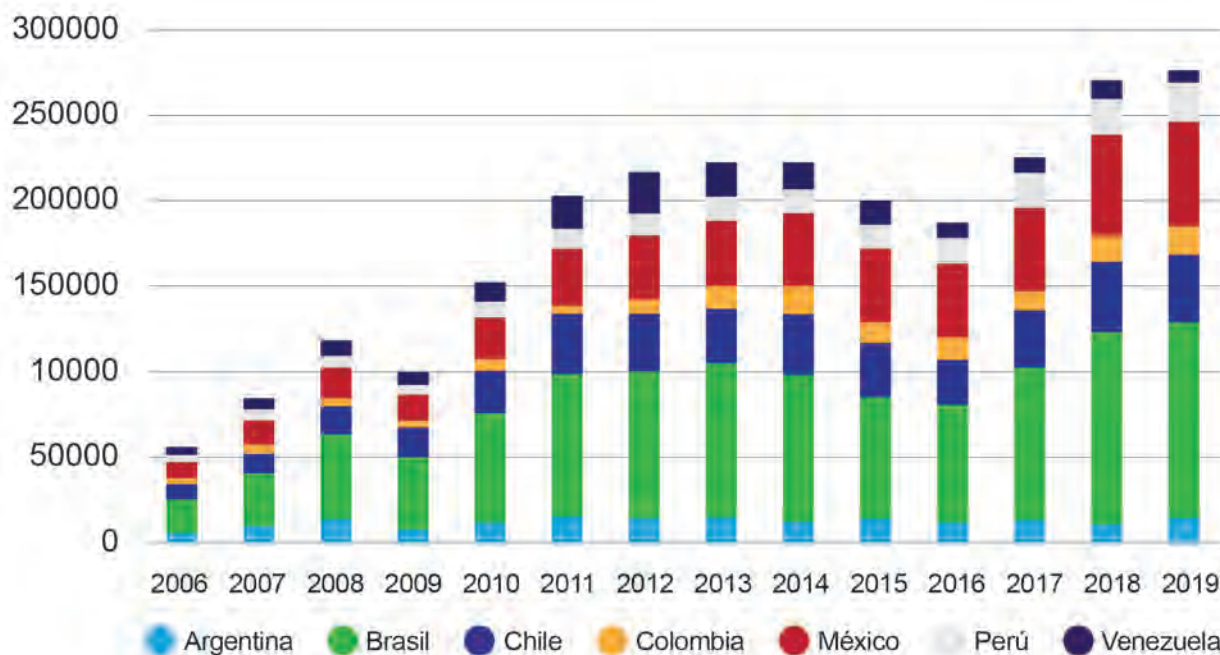
Figura 1
Nube de palabras del libro blanco de China
sobre América Latina de 2016



Fuente: elaboración propia en base al Documento sobre la política de China hacia América Latina y el Caribe del Foro China-CELAC.

En este sentido, América Latina se convirtió en uno de los ejes de la Iniciativa de la Franja y la Ruta de la Seda, un término paraguas que incluye cualquier proyecto económico, político, social o cultural de China en el exterior. El nombre no es casual, en tanto evoca a la ruta comercial histórica que vinculaba a China con Occidente, hoy representado no solo por Europa, sino también por el Nuevo Mundo. De esta manera, ampliar la Nueva Ruta de la Seda hacia América Latina resulta en la extensión natural de un proyecto que busca revivir glorias pasadas en un presente complejo y globalizado.

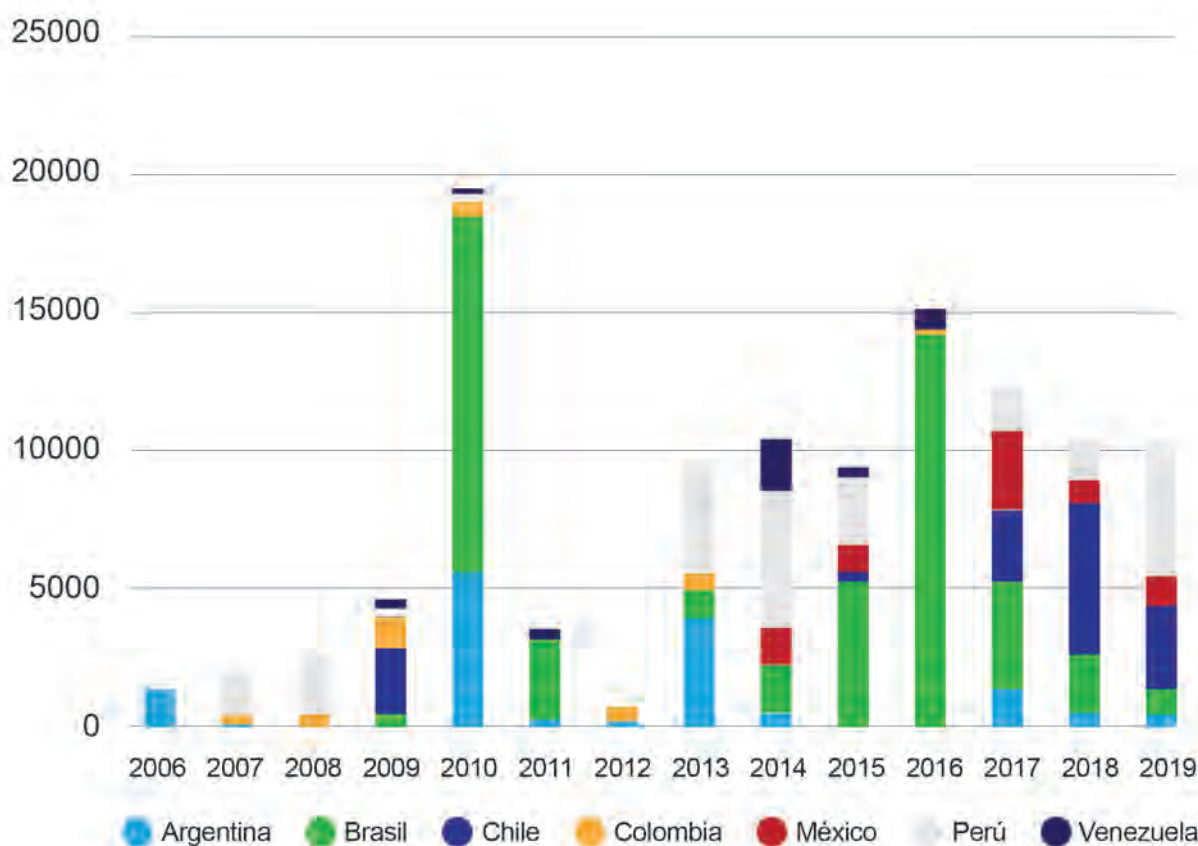
Gráfico 1
Flujo comercial de bienes con China en millones
de USD nominales



Sin embargo, los proyectos de la Iniciativa no vienen solos: el comercio en muchos casos genera balanzas deficitarias que drenan divisas de las ya frágiles economías mal administradas de la región; las inversiones directas generan oficinas regionales que responden a sus dueños chinos que, por más obligación que gusto, deben reportar ulteriormente sus actividades al Partido y, en casos extremos, otorgarle espacio para llevar actividades de vigilancia; las inversiones en infraestructura, que generan trampas de deuda alrededor del mundo poseen efectos aún más nefastos en América Latina, toda vez que gran parte de las contrataciones las hacen Gobiernos con poco interés por el bienestar de las comunidades locales y el medioambiente; asimismo, la cooperación financiera ha sumido a países como Venezuela en una dependencia monetaria tan fuerte que ha llevado a que el país deba pagar en especie las deudas contraídas a tasas usurarias con los bancos chinos, mientras que los *swaps* de moneda solo han servido para distraer las miradas, toda vez que no se comente que su uso efectivo es de casi imposible cumplimiento, dadas las regulaciones impuestas por el Banco Popular de China.

Fuente: elaboración propia fundamentado en la base de datos *Comtrade* de la ONU.

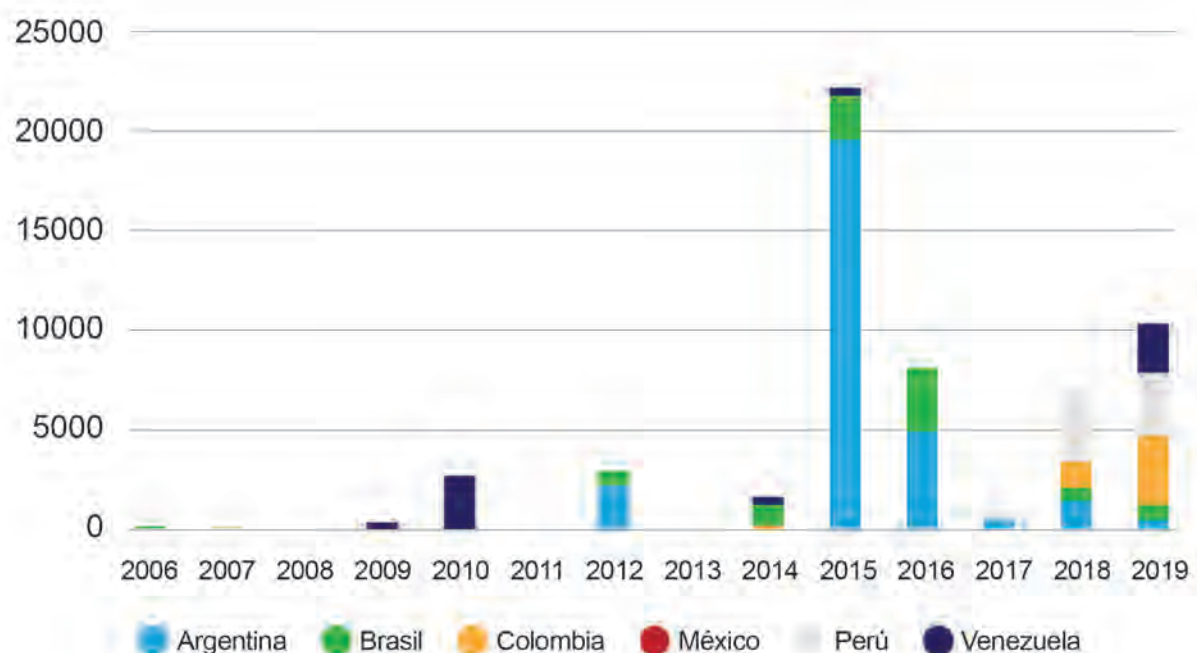
Gráfico 2
Flujo de IED china en millones de USD nominales



Fuente: elaboración propia en base al *Monitor de la OFDI china en América Latina y el Caribe* de la REDALC-China.

No obstante, todos estos efectos nocivos están lejos de ser compensados por los beneficios de aumentos sostenidos en la cooperación económica. En su lugar, como muestran los gráficos 1, 2, 3 y 4, las relaciones económicas con China han crecido a un ritmo mucho menor y, se han estancado o hasta se han contraído en los últimos años. Esto responde no solo a la desaceleración general que padece la economía china –toda vez que ha alcanzado el estatus de una economía de ingresos medio-altos, y con ello se adentra en «la trampa de las clases medias»–, sino que también tiene que ver con el pragmatismo de los empresarios chinos que, presionados por demostrar números positivos, deciden replegarse de mercados riesgosos, como los latinoamericanos, más aun en la medida en que retroceden los Gobiernos populistas que alguna vez les garantizaron ganancias exorbitantes a costa de las arcas estatales.

Gráfico 3
Monto de los proyectos de infraestructura contratados a empresas chinas en millones de USD nominales



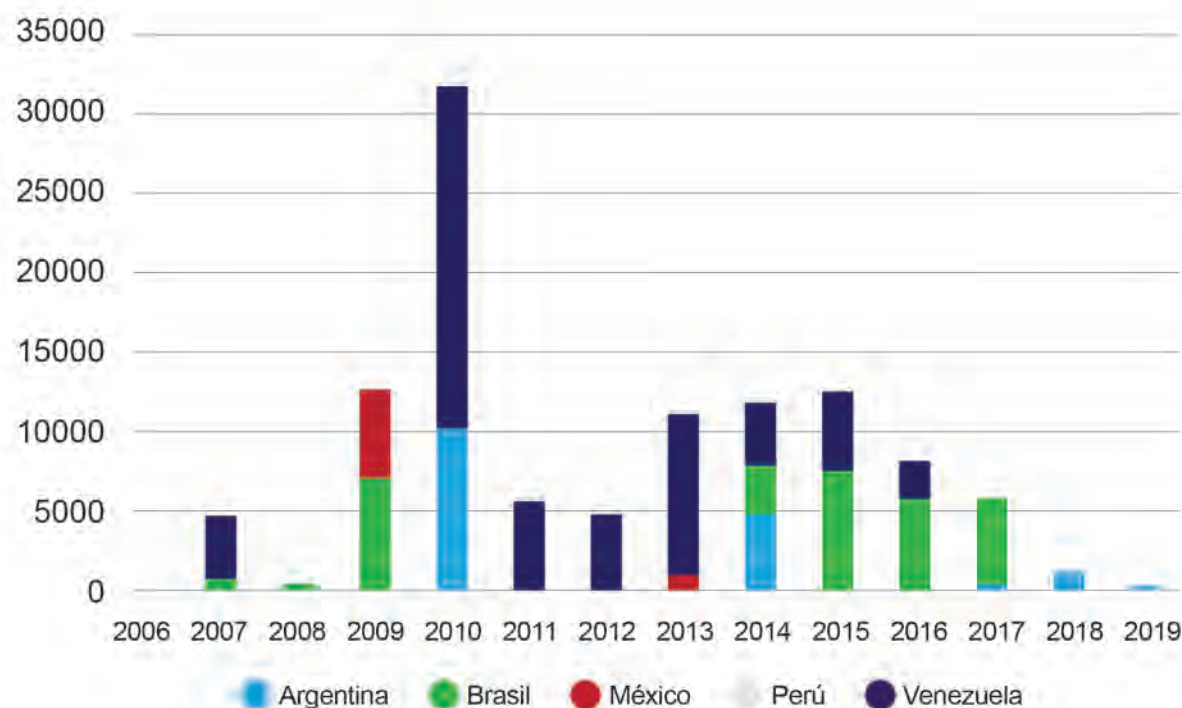
A esto se suma que la propia realidad económica china le ha hecho replegarse sobre sí misma, y busca potenciar su mercado interno y las inversiones en recursos estratégicos en su propio territorio y en el de sus aliados incondicionales. A partir de ello, se ha construido el relato del «modelo económico chino» como un sistema a imitar, perdiendo de vista que el «milagro asiático» del crecimiento económico acelerado y sostenido no es una invención del régimen chino, sino de las democracias asiáticas que generaron las condiciones de competitividad para consolidar sus mercados internos robustos. Ello se evidencia tempranamente en Japón, en los tradicionales Tigres Asiáticos (Corea del Sur, Hong Kong, Singapur y Taiwán), y también en los nuevos Tigres Asiáticos: Filipinas, Indonesia, Malasia, Tailandia y Vietnam, de los cuales solo este último posee un régimen similar al chino.

Fuente: elaboración propia en base al *Monitor de la OFDI china en América Latina y el Caribe* de la REDALC-China.

Sin embargo, China no es Rusia, y ello implica que no está dispuesta a sacrificar cuantiosas sumas de dinero para sostener experimentos políticos fallidos. Esto se ve claramente con la merma de préstamos soberanos a países latinoamericanos en los últimos años por parte de bancos estatales chinos, que funcionan como la extensión financiera del Estado-partido. Un claro ejemplo de esta dinámica en nuestra región se encuentra fácilmente con la extinción de los préstamos a Venezuela, una vez que el Gobierno chino se dio cuenta de la insolvencia del régimen madurista. En este sentido, China ha mostrado la verdadera naturaleza de sus objetivos estratégicos, ya que ha utilizado los préstamos soberanos para generar una dependencia económica, y no a modo de salvataje como otros mecanismos de asistencia financiera contemplados en el sistema de Naciones Unidas. Así, al constituirse en único acreedor, el régimen chino es capaz de imponer unilateralmente sus demandas a los países endeudados, que no poseen posibilidad de negociación alguna luego de firmar los acuerdos.

La ampliación de la serie de datos no hace más que sostener esta hipótesis, toda vez que la crisis económica desencadenada con los confinamientos de la pandemia generó una retracción generalizada de los capitales chinos que, respondiendo a las presiones del régimen, fueron repatriados por firmas privadas y estatales por igual, para evitar una figura de crecimiento negativo en 2020. Este fenómeno causó que las balanzas comerciales latinoamericanas se deterioran, mientras que los indicadores chinos mejoraban, dado que traccionó su recuperación económica en la exportación de bienes de consumo, esta vez sin distinción de si los compradores eran países desarrollados o en desarrollo: las metas económicas para sostener la épica de las «tasas chinas» son demasiado pesadas como para pensar en sus implicancias geopolíticas.

Gráfico 4
Monto prestado por parte de bancos estatales chinos en millones de USD nominales



Esta situación se hace más patente al analizar las inversiones directas y en infraestructura y, aún más, respecto al financiamiento soberano. Asimismo, si se toman en cuenta las magras donaciones de equipamiento médico —en muchos casos en mal estado y hasta inutilizable—, y las usurarias operaciones comerciales con las vacunas de los laboratorios chinos (que, curiosamente, son al mismo tiempo las menos eficaces y las más caras del mercado), es posible advertir que el relato construido como método de salvataje ante el repliegue generalizado cae por tierra al enfrentarse a la evidencia empírica. En este sentido, la pandemia dejó al descubierto el verdadero significado del concepto resonante en la diplomacia china que indica que «China trabaja para la comunidad de destino de la humanidad». Tal vez, sería más apropiado rephrasarlo como que «el resto de la humanidad trabaja comunitariamente para el destino de China».

Fuente: elaboración propia en base a la *China-Latin America Finance Database* del Diálogo Inter-Americano.

Extractivismo y extraterritorialidad

La política del «sálvese quien pueda» que adopta China ante la adversidad no son hechos aislados, ni mucho menos espontáneos. Prueba de ello son las tácticas de erosión de soberanía que lleva a cabo de manera constante, en particular en América Latina. Por mencionar algunos ejemplos, el proyecto del canal de Nicaragua, la explotación minera en Venezuela y petrolera en Ecuador y otros países, la Estación de Espacio Lejano en la Patagonia, la base logística polar planificada en Tierra del Fuego, o la pesca irrestricta en las zonas económicas exclusivas de los países de la región, son todas pruebas de una lógica que trasciende lo coyuntural y se enmarca dentro de un plan sistemático de erosión de la soberanía de los sobre países percibidos como demasiado débiles para poder o querer hacer frente a los avances chinos.

En este sentido, dos características recurrentes de la estrategia china son las prácticas extractivas de recursos naturales con solo las mínimas garantías de sustentabilidad —si es que siquiera así lo exigen las autoridades nacionales, regionales y locales beneficiadas por estas actividades—, y la puja por lograr condiciones de extraterritorialidad en actividades *prima facie* inofensivas. Este mecanismo replica los usos y costumbres que el Estado-partido implemente en territorio chino, donde la explotación de los recursos naturales no posee resguardo socioambiental alguno y está supeditada únicamente a la voluntad de aquel.

Así, los emprendimientos en actividades beneficiosas para el desarrollo de los países latinoamericanos, como las industrias hidrocarbúrica, minera y piscícola, o la investigación astronómica y polar, se degeneran en excusas para lograr condiciones de explotación excepcionalmente flexibles y ambientalmente dañinas, y para conseguir atribuciones inconstitucionales de acceso exclusivo sobre partes de territorio latinoamericano. Ello se da muchas veces bajo el patrocinio de las oligarquías económicas locales, más preocupadas en mejorar sus ganancias que en la defensa de la democracia y la soberanía de los países de la región.

En ambos casos es imposible obviar el papel del Ejército Popular de Liberación —las fuerzas armadas chinas—, que a través de los contratos de explotación o investigación logran acceso casi irrestricto en territorio soberano extranjero, una jugada que no solo juega en favor de los intereses chinos al demostrar la impunidad de sus acciones, sino que a la vez compromete directamente a las fuerzas de seguridad y armadas de los países de la región. Este último peligro se ve exacerbado por la adquisición de sistemas de vigilancia chinos por parte de algunos Estados latinoamericanos, dado que la propia naturaleza omniabarcante del Estado-partido chino sobre sus fuerzas armadas y complejos industriales convierte de hecho a cualquier individuo o bien en un potencial agente de inteligencia o mecanismo de espionaje, respectivamente.

Construyendo resiliencias autoritarias culturalmente subvencionadas

Frente a este escenario cada vez más complejo en las interrelaciones políticas y económicas de países periféricos como los latinoamericanos, por un lado, y potencias como China, por otro, es necesario resistir las presiones de establecer análisis simplistas que se limiten a describir las proporciones de correspondencia entre cooperación económica e influencia política. Como se ha mencionado anteriormente, China no mantiene una posición hegemónica en términos económicos en América Latina, y mucho menos existen correlaciones directas entre balanzas comerciales, inversiones, préstamos y regímenes políticos. La región presenta claros ejemplos de democracias plenas como Chile, Uruguay y Costa Rica que mantienen fortísimas relaciones económicas con China, mientras que regímenes autoritarios como Venezuela o Cuba hasta hace pocos años comerciaban primordialmente con los Estados Unidos, y Nicaragua solo estableció relaciones formales con China hace unos pocos meses.

En su lugar, es fundamental resaltar el impacto de las tácticas diplomáticas más sutiles que China viene implementando desde hace décadas, desde la promoción de becas para estudios hasta la exigencia de que la apertura de los Institutos Confucio sea dentro de instituciones de educación superior. Al analizar más de cerca los

efectos de estas políticas a simple vista inofensivas, es posible dilucidar la estrategia de poder blando— o, para ser más exactos, de poder agudo— que las sustenta. Ello se constata no solo con el éxito de las propuestas de movilidad estudiantil, sino con beneficios ulteriores, como la formación de asociaciones de exbecarios de China, que cumplen una función fundamental en la formulación de los planes de estudios chinos en la región, siempre con una perspectiva laudatoria. En este sentido, la incipiente academia sinológica latinoamericana se ha apoyado en los aportes financieros de las universidades chinas tanto para su formación como para el desarrollo de las carreras académicas en América Latina.

En este contexto, gran parte de los académicos formados en China retornan a América Latina como portavoces de las bondades de la vida en el país oriental, contribuyendo consciente o inconscientemente a la apología del autoritarismo del régimen comunista chino. De esta manera, y en tanto los círculos sinológicos continúan siendo acotados y endogámicos, estos discursos se replican y potencian, para luego ser transmitidos a las nuevas generaciones de sinólogos formados en América Latina. Además del efecto en el sistema educativo superior, este fenómeno tiene un impacto que sobrepasa el esoterismo académico y resuena en los discursos populares, dada la continuada fascinación con el exotismo que continúan replicando algunos medios masivos de comunicación, según los cuales las únicas voces autorizadas son aquellas que han recibido el beneplácito del Estado-partido chino.

Por último, vale rescatar el imaginario que se ha construido en las redes sociales a partir de la intervención activa del aparato burocrático-partidario chino, que influencia activamente a miembros de la diáspora a través de redes como Weibo y WeChat, mientras que replica su estrategia por medio de tácticas más sutiles en la población general a través del resto de las redes sociales. Así, a través de la

continua publicación de contenido apologético, que incluye demostraciones culturales, pero que se centra en los logros económicos y suprime por completo cualquier referencia a asuntos ético-políticos, se ha logrado conformar cierto nivel de opinión pública que identifica al régimen chino con el «progreso económico y el futuro». De esta manera, el Estado-partido es capaz de legitimar la noción de que el autoritarismo es una vía alternativa, y que las nociones tradicionales de orden público no solo son deseables sino necesarias —y hasta prioritarias— para lograr el objetivo ulterior de «una vida mejor», aun cuando se identifica a esta solo con la acumulación material, y en pos de conseguirla se apruebe la supresión de las libertades y garantías individuales.

En este sentido, conscientes de que mayores afluencias de capitales no son suficientes para trastornar el ideario ético-político de las sociedades occidentales de los países en desarrollo, la estrategia cultural en América Latina ha sido mucho más efectiva. Así, de mínima, el Estado-partido ha logrado establecer un discurso alternativo al democrático, que se ampara en el relativismo cultural para justificar las atrocidades del régimen, arguyendo que mientras lo que se busque es el «bien común», cualquier acción contra las libertades individuales se encuentra justificada. Esto abre la puerta para la implantación de un segundo discurso: «si en China funciona, en tu país también».

La apelación a la replicabilidad del modelo de desarrollo chino en base a sus características políticas constituye así una alternativa discursiva atractiva para las clases medias latinoamericanas, desilusionadas con Gobiernos corruptos y con el estancamiento económico. La noción de que «el modelo chino funciona» se convierte así en el principal aporte del Estado-partido comunista chino no solo a los regímenes autoritarios ya establecidos, sino, y tal vez más preocupantemente, a los aprendices populistas en países democráticos que, al replicar este discurso, son capaces de atraer a electores desinteresados en las propuestas de la izquierda clásica latinoamericana.

¿Una potencia alternativa?

Hasta aquí se ha analizado a vuelo de pájaro la relación que China ha desarrollado para con América Latina en los últimos años en función de sus propios intereses, y con especial atención a los aspectos políticos, económicos y culturales de la relación. No obstante, y en la medida en que nos encontramos insertos en un sistema internacional crecientemente relacional, es decir, en el que los términos y los posicionamientos absolutos han perdido relevancia en función de las actitudes relativas de los actores entre sí, merece la pena mencionar la respuesta de América Latina frente al escenario cambiante que aminora la influencia estadounidense y amplifica aquella de las potencias revisionistas.

En este sentido, la retórica de la diplomacia china se ha centrado en los últimos tiempos en una estrategia bifronte. Por un lado, los diplomáticos apostados en Occidente se han convertido en «lobos guerreros» que han adquirido una notoriedad pública inusitada para un servicio exterior acostumbrado a los formalismos ceremoniales y un papel de neutralidad. No obstante, el pensamiento de Xi Jinping contempla que la diplomacia no debe cumplir solo la función de representación del Estado, sino también —y más importante—, debe ser defensora del modelo chino, principalmente en Occidente. Así, una serie de diplomáticos prominentes se han convertido en portavoces partidarios encargados de señalar los defectos de las democracias occidentales ante cualquier denuncia que se haga del régimen chino.

Por otra parte, el flamante *Libro Blanco de la Democracia* arroga un nuevo objetivo a los altos cargos de la diplomacia: la defensa del argumento de que China no solo es democrática, sino que es más democrática que Occidente. Esta doble estrategia de ataque a los países occidentales (particularmente los norteamericanos y europeos), sumada a la retórica de una China democrática, plantea el es-

cenario para una política exterior pasivo-agresiva que se encarga de defenestrar al otro, a la vez que reivindica los logros propios. Claro está, ello no es una característica propia de China, pero la tergiversación de los hechos y conceptos a los cuales esta diplomacia se ha adaptado, hace pensar que no se trata de un Estado con ambiciones de ser la nueva superpotencia global, sino que es un país con una clara conciencia de sus faltas, que además se siente acorralado por las denuncias que provienen del exterior y que, por tanto, construye una narrativa a la cual acudir no solo para excusarse, sino principalmente para refugiarse y, si es posible, persuadir a quienes gusten de una excusa para vilipendiar a las potencias tradicionales.

De este modo, China se plantea como una alternativa frente a las potencias que reverberan episodios desplacientes para los latinoamericanos, desde el colonialismo hasta el Consenso de Washington. Así, el uso acrítico de la memoria funciona como una herramienta de poder agudo que apela a la izquierda latinoamericana, pero también a partidos de derechas nacionalistas, y especialmente a los populismos que se construyen en torno a la opresión de otros tiempos. De esta manera, China se postula como reivindicadora de los derechos humanos frente a las potencias occidentales que otrora se abocaron a violarlos sistemáticamente en la región.

Pero el recurso de retrotraerse al pasado es un indicador de que la diplomacia china ya no posee muchos argumentos positivos para atraer a las dirigencias latinoamericanas, ni tampoco para desacreditar a las potencias tradicionales, hoy más enfocadas en sus problemas internos y en realizar reparaciones para sostener su imagen, que en ampliar su influencia sobre los países periféricos. Por ello, la postulación de China como un «gran país responsable que se enfrenta a las injusticias de otros poderes globales enfocados solo en satisfacer sus tendencias imperialistas» no resiste una contrastación severa, dado que es un discurso basado en una imagen idealizada del gigante asiático —que, como se demostró, es en verdad mucho más débil en términos políticos y económicos de lo que publicita—, frente a una imagen anacrónica de unos presuntos enemigos que solo se proponen saquear territorios ajenos.

China demuestra así, a partir de la presentación distorsionada que hace de la contemporaneidad basada puramente en los crímenes históricos, que en verdad no se plantea ejercer el papel de benefactor de los países del Sur Global que se arroga discursivamente. En su lugar, busca deponer un orden global liderado por Occidente para reemplazarlo por uno de su propia hechura basado en la idealización del histórico sistema de vasallajes y suzeranías que la posicionaba en el centro del mundo conocido, y para ello echa mano a las herramientas retóricas que mejor redundan entre los países que considera poco más que despojo a repartir.

Ante ello, debe recordarse que no existe algo así como una «potencia benévola», sino que existen potencias en sí y, por lo tanto, Estados con un excedente de recursos que se dedican a la expansión de su influencia. China no escapa de esta lógica, y en la era de la informatización hace uso del recurso más valioso: la difusión de discursos biensonantes. Ello se evidencia a través de la propaganda de agencias de comunicación estatales como *Xinhua* y CGNTV, que se dedican expresamente a criticar el liberalismo en América Latina, resaltan las «bondades» de la retórica oficial china, y a la vez que reproducen los discursos de los Gobiernos autoritarios de la región, bajo el falso disfraz de neutralidad.

A partir de esto, se puede observar que China se autopercibe una potencia que viene solo a beneficiar a los países de región, pero con ello no logra ocultar sus verdaderos deseos de establecer su hegemonía sobre ellos. Con este fin, busca crear el mejor escenario para un régimen autoritario en expansión: poseer interlocutores que también sean autoritarios y compartan el desdén por las libertades individuales que tanto le incomodan en su propio país. Ante el peligro que esta estrategia suscita, solo una defensa coordinada de los diferentes actores de las democracias latinoamericanas puede salvarlas de caer en la trampa que ha tendido el Estado-partido comunista chino para consolidar su poder en la región.





Gobierno y Análisis Político AC
Facebook, instagram y YouTube:
Gobierno y análisis político ac
Twitter: Gobierno y ap
e-mail: info@gobiernoyanalisispolitico.org